7.

LICEO

SEVILLANO.

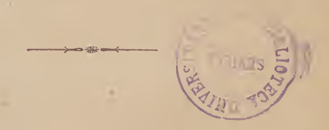
DISCURSOS Y POESÍAS

LEIDOS

EN LA SESION INAUGURAL

DE ESTE LICEO

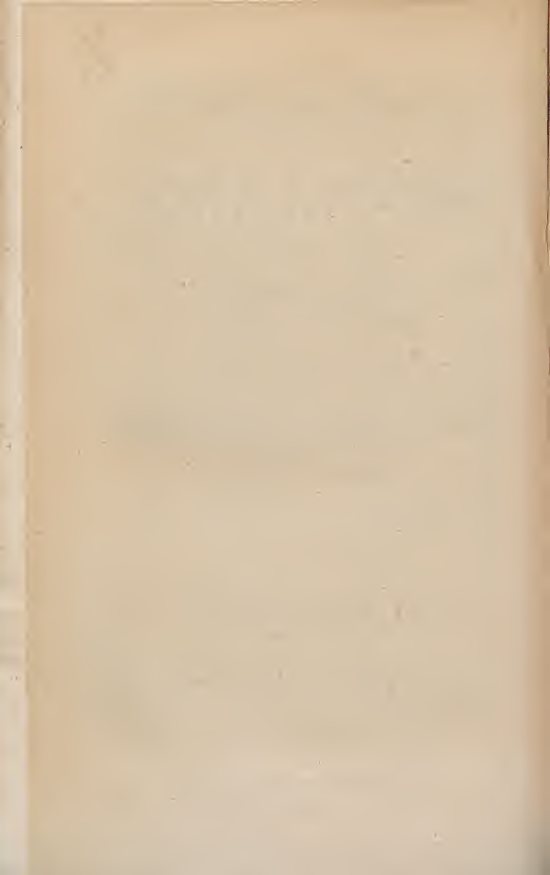
EL DOMINGO 27 DE SETIEMBRE DE 1874.



SEVILLA.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

1874.



DISCURSO.



Señores:

Al elevar mi voz, humilde por desconocida, débil por desautorizada, ante las respetables personas que me escuchan, y en este recinto que áun repite los ecos de elocuentes discursos, de sábias disertaciones, de inspiradas poesías, justa y profunda turbacion de mí se apodera. Paréceme que los ilustres génios de mi patria cariñosamente me alientan, miéntras la voz de mi propia conciencia me acusa de mi temeridad de una manera inapelable.

Elevado inmerecidamente á la presidencia de este Liceo, cuya solemne inauguracion verificamos hoy, siento desfallecer mis fuerzas ante lo grave de la mision que se me confia. Más acertado hubiera sido, á no dudarlo, haber designado para tan alto cargo á aquel en cuya frente reverde-

cieran laureles de Quintana. El que tiene la honra de dirigiros la palabra sólo puede presentarse ante vosotros como oscura representacion de muertas glorias y de perdidas esperanzas.

Debo, no obstante, obligado á acatar las resoluciones de la Corporacion, exponer brevemente su nacimiento, los medios con que cuenta y los fines que se propone, reclamándoos de antemano ilimitada indulgencia y benévola atencion.

Hace algunos años, cuando los inspirados cantos de nuestros esclarecidos maestros comenzaban tal vez á extinguirse, como la vibracion de un grán sonido que el viento aleja, un jóven poeta, poblado el cerebro de fecundas idéas y el corazon de generosos movimientos, tuvo la fortuna de iniciar en Sevilla el advenimiento de la nueva generacion literaria.

Al rumor de los merecidísimos aplausos que su talento artístico alcanzára, comenzó tambien á germinar en el seno de la juventud algo parecido á una aurora; pero una aurora meridional, llena de luces, exuberante de poesía. La aurora, en breve, fué sol, pero un sol expléndido, magnífico, inundado de fantásticos resplandores. Misteriosas armonías resonaron entónces, como al primer beso del sol á la creacion en el primer dia: armonías impregnadas de blanda ternura, como los suspiros de la noche que arrullaron al hombre en su sueño primero.

Públicas son las glorias, en pocos años conquistadas, por ese grupo de jóvenes escritores, hoy honra de Sevilla y esperanza legítima de Es-

paña. Há tres años, desde el rincon de olvido de que nunca debí salir, yá los nombres de Surga y Velilla, de Montoto y Cano palpitaban en mis labios con respeto y amor.

Pero la senda, que en un principio aparecia como alfombrada de flores, ocultaba tambien punzadoras espinas. Terrible y helado desaliento se apoderó de algunos: otros cambiaron por desgracia el fogoso entusiasmo de Píndaro por el frio y descontentadizo exámen de Aristarco, como si en la desconocida manera de ser del poeta pudieran aunarse el brazo destructor de Cain y el espíritu sublime de Abel. Y la muerte, en su eterno afan de nobles víctimas, apagaba con helado soplo el divino fuego que devoraba el cerebro de hombres como nuestro inolvidable hermano Álvarez Surga.

La juventud se separaba: los nobles esfuerzos de algunos años iban á ser estériles. Estas palabras pueden servir de descripcion de lo sucedido á los apasionados á la declamacion, despues de várias tentativas para formar diversas sociedades que corrieron igual suerte.

Várias veces se pensó en la instalacion de este Liceo, sin éxito favorable, hasta hoy que, con mejor fortuna ó mayor constancia, logra ver coronados sus esfuerzos el distinguido poeta Sr. Sanchez Arjona, dignísimo Vice-Presidente de la Corporacion, iniciador y fundador de ella.

Hoy por fin, señores, se congrega la juventud sevillana: no pretende, por cierto, fundar una Academia, que á tanto no llegan, no deben llegar

sus aspiraciones: sólo tiende á coadyuvar modestamente, dentro de la humilde esfera que le trazan sus inexpertas fuerzas, á la naciente obra de regeneracion que por fortuna se observa en nuestra decadente literatura. Lacónico es el lema de nuestro Liceo: «Union y estímulo.»

Desde la cancion popular, breve poema hecho con un suspiro, hasta el drama, síntesis suprema del Arte, se extiende el dilatado camino que la Sociedad se propone recorrer. En sus sesiones públicas semanales se dará lectura de aquellos trabajos que, á juicio de la Junta directiva, puedan obtener general aplauso; en sus representaciones teatrales tendrán cabida aquellas obras que la misma Junta directiva crea dignas de la ilustracion de la Sociedad y de Sevilla.

Impulsados por nuestro amor al Arte; admiradores de las grandezas de nuestro siglo; poseidos de noble respeto hácia nuestras pasadas glorias, pretendemos, sí, ensalzar el pasado, defender el presente y saludar el porvenir, impenetrable nube de hermosos principios que llegan.

Para ello, contamos en nuestro seno cuantos artistas notables encierra la tercera capital de España, aunque no pensamos ciertamente reducirnos á sus límites. Para el que tiene la honra de hablaros, hace tiempo que los artistas sevillanos lograron trasponer el Bétis. Díganlo, entre otros muchos, Bécquer, el Heine de nuestra patria; Tassara, el Beránger de nuestros tiempos; Campillo, el venturoso sucesor de Nicasio Gallego.

En estos tiempos de sucesivas calamidades, de

contínuas guerras, de trastornos desastrosos sería extraño que España se mantuviera á su anterior altura. Francia, más venturosa, ve ocultarse un sol en Víctor Hugo, y aparecer otro en Eugenio Manuel. ¿Pero es esto decir que muere nuestra siempre gloriosa literatura? De ninguna manera. Vedla reaparecer con nuevo explendor en todos sus órdenes.... Campoamor, Grilo.... García Gutierrez, Arce, Ayala.... ¡No puede morir una literatura que ostenta tan hermosos nombres!

Sin pretenderlo, señores, me he desviado completamente de mi principal objeto. Expuestos los fines de nuestra Sociedad, creo de mi deber, lo primero, dirigir en su nombre un saludo á cuantos sienten en su frente el soplo divino de la inspiracion: á nuestros compañeros en la prensa, á Sevilla, en fin, inolvidable cuna de Herreras y Riojas.

Por lo que respecta á los señores Socios, ¿qué les podré decir? Todos venimos animados de los mismos nobles sentimientos; todos abrigamos los mismos firmes propósitos: mucho y bueno se prometerá Sevilla de este nuevo palenque literario, si la juventud, como es de suponer, olvida leves rencillas, pequeñas diferencias que no deben existir entre los hijos del Arte.

Así lo espera el que os habla. Confia en esos nombres que habeis sabido ilustrar en gran manera: á vosotros está encomendada la vida, la gloria de este Liceo, que podrá ser, en tiempos no lejanos, honra de Sevilla y cuna de sus numerosos y nacientes ingenios, yá que por favor de la suerte

brotan de esta privilegiada tierra, como las chispas de fuego brotan del seno del sol.

Venid; agrupémonos alrededor de nuestra bandera: el mundo entero puede reposar á su augusta sombra, porque es la bandera del Arte.

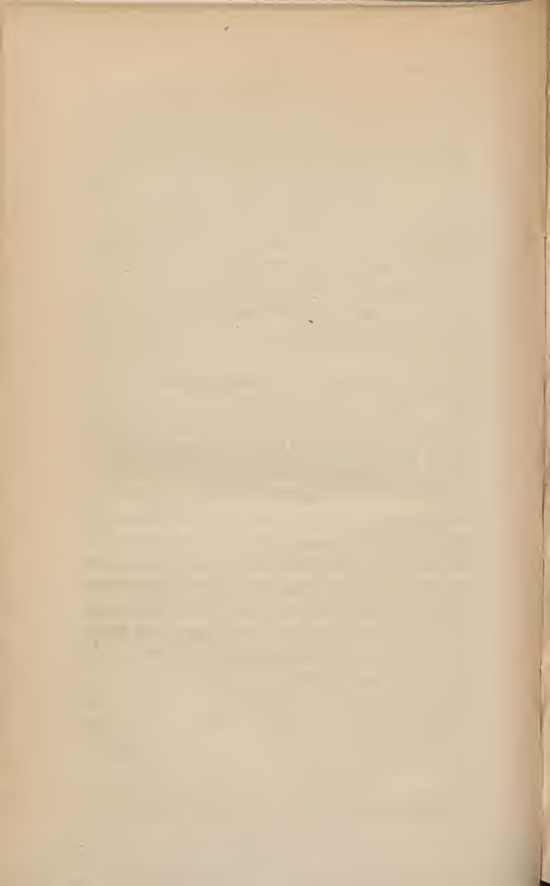
Que un mismo sentimiento anime todos los corazones; que una misma voz se confunda en el espacio, brotando expontánea de nuestros pechos. La gloriosa enseña que levantamos debe conducirnos á la victoria, si á todo cuanto se oponga en derredor respondemos con esta palabra: ¡Adelante!

Ella condujo á Milton á regiones de luz que no penetraban sus muertas pupilas: ella llevó á Quintana á aquella altura desde donde, de igual á igual, contempla la augusta sombra de Homero; y en este momento, en que solemnemente realizamos un acto, inesperado por bueno, impropio de nuestra juventud por grande, creo ver con los ojos del alma las sombras de nuestros pasados génios mostrándonos el camino de la gloria. Sí, no lo dudeis; el eco de sus canciones se confunde con nuestro acento; con indefinible placer nos bendicen y tienden sobre nuestra humildad y pequeñez las alas de su abrumadora grandeza.

CÁRLOS PEÑARANDA.

LA CANCION DE LA CAMPANA.

(SCHILLER.)



Señores:

Yo saludo con toda la efusion de mi alma, y desde lo más profundo de mi corazon, ántes de dar principio á la lectura de una de las composiciones más célebres del poeta Schiller, traducida directamente del idioma aleman por el que tiene el honor de dirigiros en este momento la palabra; yo saludo, digo, á este ilustre Liceo artístico-literario, centro constante de emulacion y entusiasmo; foco donde concentrarse y agruparse deben los intelectuales destellos de la juventud sevillana; templo, en fin, bajo cuyas bóvedas tantas veces se dejará oir el acorde misterioso de la lira, escuchada á su vez por los admiradores de lo bello y comentada despues por compañeros y amigos.

Yo le saludo, repito, porque veo en él la realizacion más preciada de mis deseos, el cumpli-

miento más fiel de mis dorados sueños: jóven entusiasta, señores, al pisar yó por vez primera el suelo de esta privilegiada tierra, encontré retratado fielmente el cuadro que de ella mi fantasía habia formado; los recuerdos históricos que acaloraban mi imaginacion me indujeron á contemplar algunos de sus vetustos edificios, los cuales conservaban todavía la furtiva celosía y el acicalado ajimez donde la enamorada sultana dejára oir en otro tiempo, á las horas misteriosas de los amantes, y á la luz de la plateada luna, sus tristes y melodiosas endechas; más tarde, mi indagacion no se encontró satisfecha, pues al mismo tiempo que mi inteligencia descubria un rico tesoro en la Ciudad de las memorias y ancho campo donde saciar su sed devoradora de verdades y conocimientos, mi corazon tambien hablaba sigilosamente á mi oido y con ese lenguaje inintehgente de sus fibras, me decia y gritaba: Medita, justo es, medita, estás en el país que César visitó; en el país donde el cetro de Leovigildo se hizo prepotente y robusto; donde los hijos del desierto se asentaron durante vários siglos, formando con los escombros de los templos arrianos, mezquitas suntuosas, adornadas con pavimentos de mármol, columnas de pórfido y arcadas de granito; pero tambien es preciso que sientas, que te emociones y que te inspires; descúbrete y saluda; estás en el país de los Herreras y los Riojas, de los Molinas y los Alcázares, de los Reinosos y de los Listas.

En efecto, mi corazon no me habia engañado; por todas partes donde me dirigia encontraba ves-

tigios de esa grandeza; en todos los lugares podia admirar una esclarecida pléyade de jóvenes sevillanos, dedicados al cultivo de la literatura, y á la expresion de la más bella de sus manifestaciones, la Poesía: veia al uno, subido en una tribuna, el cielo resplandeciente sobre su cabeza y una turba apiñada á su alrededor que le aplaudia con frenesí, recitando una sublime oda saturada de ingenio y de grandeza; al otro, dando á luz concienzudos trabajos, recopilados en pequeño libro, cuyo fondo y cuya forma lo mismo por sus profundos conceptos podian seducir la mente del filósofo, que por sus rasgos poéticos acariciar el corazon del artista; á algunos, en fin, pisando el palco escénico á voluntad de un inteligente público, que no cesaba de tributarles repetidos aplausos por sus dramáticas producciones; por todas partes, la ovacion y el entusiasmo, la Poesía y el Arte, la juventud y la vida.

¿Qué es esto, pues, me decia yo; no se ha extinguido aún en este suelo la raza de los génios, ó el espíritu de los antiguos vates se ha trasmitido en herencia á esta privilegiada juventud? Y como si yo mismo fuese un eco fiel de mis palabras, una voz interior me decia: «Es la sávia que sustenta y engrandece los arbustos, para que luégo éstos, convertidos en copudos árboles, presten fresca y apetecida sombra y proporcionen dulces y sazonados frutos.»

Empero yo no estaba satisfecho aún; veia y admiraba refulgentes astros, lúcidas estrellas separadas, esparcidas, que prestaban luz, es cierto, pero

que el fulgor de la una impedia ver el resplandor de la otra y que todas ellas á un mismo tiempo ni presentaban un hermoso panorama, ni daban una idéa exacta y completa de la magnificencia de los cielos: me extrañaba sobremanera, que aquellos mismos jóvenes de quienes tantas ilusiones tenía yo formadas, no hubiesen pensado nunca reunirse y asociarse todos en un mismo sitio para en él modular sus cantos, dar á conocer las obras de su ingenio, y tener con esto un doble motivo de gloria y satisfaccion: mas la noche actual, señores, puedo decir que es precisamente para mí lo que para el cristiano el misterioso velo del templo, roto el cual, puede yá distinguir con sus propios ojos el magnífico santuario erigido sobre el ara, y sus manos perfumar con mirra y con incienso los simbólicos objetos que le rodean.

Mis deseos están conseguidos, mis dorados sueños no han resultado ser fuegos fátuos para mis nobles aspiraciones. Los amantes de las Letras hánse reunido yá, é hija de su idéa han formado una asociacion, un modesto Liceo en el cual se rendirá predilecto culto á las Letras, de cuyo gremio se desprenderá la ilustracion de la inteligencia por una parte, la exquisita sensibilidad del corazon por otra, y á cuyo centro habrá de invitarse á las demás personas y los diferentes Socios, por motivos de emulacion y amistad.

Porque si es verdad, jóvenes asociados, que en la edad más perfumada de nuestra existencia, en esa edad donde la mente busca para apagar su sed, siempre ansiosa de conocimientos, la fuente pura

de la verdad, y el corazon apasionado otro corazon donde depositar sus latidos; si es verdad, repito, que en esa florida edad, en la que todo es ilusion y poesía, nos apartamos algunos del padre que nos dió el sér y de la madre que nos abrigó en su pecho para marchar presurosos á otra ciudad con objeto de oir las doctrinas de nuestros queridos profesores; verdad es que en esa extraña ciudad, mediante estas reuniones instructivas y estas pacíficas conferencias, se asienta en nuestra alma una gran idéa elevada y sublime como aquéllas y desde entónces parece como que, hasta en la atmósfera que nos rodea, en el salon mismo que pisamos, en su umbral, en sus paredes, en sus adornos; aspiramos, vemos y contemplamos, como inscripcion bajada de los cielos, el sublime y purísimo nombre de la amistad.

Así, pues, aunque la consagracion de esta cariñosa idéa y no otro fuese el objeto de esta Sociedad, cuya sesion inaugural celebramos esta noche; ved aún si con acento humilde, mas hijo de mis sentimientos, no tendria yo en estos instantes suficiente motivo para dirigirle de nuevo estas palabras:

«¡Liceo literario de Sevilla, yo te saludo!»

J. Martos J.

LA CANCION DE LA CAMPANA.

(SCHILLER.)

Vivos voco. Mortuos plango.
Fulgura frango. . . . . . .
. . . .

Aún permanece fijo en la tierra el molde arcilloso del cual nos hemos de servir. Vamos, compañeros, empecemos; hoy la campana debe quedar concluida.... ¡ánimo! que el hirviente sudor caiga de nuestra frente.... la obra debe alabar á su maestro, mas es preciso que la bendicion venga de lo alto.

No olvideis que á la séria empresa de que ahora nos ocupamos debemos mezclar graves y profundas frases, pues probado está que el trabajo acompañado de dulces reflexiones se hace más ligero. Consideremos que nuestro débil poder vá á dar por resultado una obra gigantesca, y al hacerlo así, nos distinguirémos de aquellos hombres que jamás meditan lo que hacen, como si el en-

tendimiento no se les hubiera dado para que con él estimen más el trabajo de sus manos.

Tomad troncos de pino, escoged los más secos para que la llama se precipite prontamente en el conducto; mas para tener una hábil y segura mezcla, tened cuidado de arrojar el blando estaño sobre el resistente cobre cuando éste empiece á hervir.

. . . .

En lo más alto de la elevada torre, la hermosa campana que vamos formando en el seno de la tierra atestiguará nuestro trabajo; durante luengos siglos su armoniosa voz se dejará escuchar, y no escasas veces hará palpitar el corazon de los mortales al unirse compasiva y solícita con las lágrimas del desgraciado y las plegarias del justo. Todas las vicisitudes que la inconstante suerte arroje entre los hijos de la tierra, subirán á esta corona de metal y la harán vibrar á lo léjos.

Mas ¡ah! yá veo saltar blancas espumas. ¡Bien! la masa está en fusion, dejémosla penetrarse de esa cenicienta sal para acelerar su fluidez. Que la voz de su metal sea limpia y sonora....

¡Oh! la campana saluda con solemne acento al bien amado niño á su primer entrada en la vida, cuando éste viene envuelto todavía entre las sombras de su primer letargo. El tupido velo del tiempo oculta aún para su destino las horas, bien alegres ó sombrías, que le aguardan, y la mañana dorada de su existencia resplandece más en su niñez por los tiernos cuidados de su madre.... Pero los años pasan rápidos como una flecha.... El ho-

gar paterno llega á ser para él una cosa desconocida cuando, provisto de su baston de viaje, se lanza impetuoso en la carrera de la vida.... De repente una preciosa jóven, llena de los más bellos atractivos, en el colmo de su explendor, se presenta ante su vista, su mirada púdica y virginal llega á enloquecerle, y mil veces compara esta vision celeste á una tierna imágen del divino cielo; luégo un vago deseo, un deseo sin nombre se apodera de su ferviente corazon, esquiva las reuniones tumultuosas de sus compañeros y sólo le agrada vagar por la soledad de las selvas; con suspirado anhelo sigue pudoroso tambien las huellas de su aparicion, y una sola de sus sonrisas llega á constituir su felicidad; busca las flores de los valles para adornar con ellas las trenzas de su amada, y á veces es sorprendido con las mejillas húmedas por el furtivo paso de algunas lágrimas.... ¡Oh tierno deseo! ¡Dulce esperanza! Los ojos se extasian al contemplar el cielo de la felicidad. El corazon náda en el placer más puro. ¡Por qué pasarán tan acelerados los bellos dias del primer amor!

Los tubos empiezan á bruñirse; introduzcamos esta pequeña baqueta, si la vemos vitrificarse yá será tiempo de colar el metal: entretanto, compañeros ¡alerta! examinad la mezcla, y considerad que para hacerla perfecta el ténue y débil metal debe unirse al más fuerte y consistente...

Pues de la union de la dulzura con la fuerza, y de la ternura con la severidad resulta la armonía, por esta razon los que se enlazan para siempre de-

ben asegurarse si sus corazones mútuamente se corresponden. ¡Corta es la ilusion, largo el arrepentimiento! La corona virginal yace sujeta primorosamente á los cabellos de la prometida cuando las campanas de la iglesia invitan con su alegre sonido á la fiesta nupcial. ¡Momento supremo! la solemnidad más grande de la vida, señala en el tiempo el deseado término de su primavera. La grata ilusion desaparece con el velo y el ceñidor de la desposada: ¡ojalá pudiera permanecer el amor! La flor se marchita, ¡pueda el fruto llegar á su madurez! Sí, es preciso, es preciso que el hombre no se desaliente en el sendero de su vida; es necesario que él combata, crée, active, y, subyugando el destino con potente esfuerzo, consiga á toda costa la felicidad.

Entretanto los bienes afluyen á su alrededor, sus almacenes se hallan repletos de preciosos dones, sus terrenos se agrandan, su casa se enriquece, y en medio de todo esto, como emblema de la santa virtud, vemos á la mujer sábia y económica, esposa de su corazon y madre de sus hijos. Ella gobierna con sumo acierto aquel hogar misterioso, dá lecciones á sus pequeñuelos, y reprime á su debido tiempo al más travieso de ellos; sus manos, siempre en actividad, llenan de ricos objetos las arcas que se le confiáran; hacen tornar el hilo al rededor del huso, y en armarios cuidadosamente limpios guardan la tejida lana y el blanco lino como el ampo de la nieve.

El autor de la familia, el laborioso padre, desde lo alto de su morada, donde la vista encuen-

tra ancho campo donde dilatarse, contempla con sus ojos llenos de alegría sus propiedades florecientes; y al ver sus granjas tan copiosas, sus graneros cargados con el peso de sus riquezas, y sus mieses, parecidas á las movibles ondas de un vasto occéano, exclama engreido y orgulloso, sin cesar: «El explendor de mi casa, firme como los fundamentos de la tierra, arrostra el poder de la desgracia.» Mas ¡ay! con los rigores del destino no se ha hecho ningun pacto eterno, y el dolor, sin ser esperado, llega con paso rápido á donde ménos se piensa!...

¡Bien! ¡bien! yá podemos dar comienzo á la liquidacion del metal; mas ántes de dejar salir las chispas inflamadas á través de las aberturas, repetid conmigo una piadosa plegaria. Abrid, abrid yá los conductos. Mirad ese torrente de fuego que ruge ardoroso en ese recinto de arcilla. ¡Que Dios guarde el edificio!

Grandioso es el poder del fuego cuando el hombre lo dirige y domina, pues cuanto créa y hace lo debe á esta fuerza celeste, pero terrible es esta misma fuerza cuando se escapa de sus manos, y rompiendo sus cadenas se considera libre hija de la naturaleza. ¡Oh dolor! privado este potente elemento de todo obstáculo, se esparce á lo largo de las populosas calles produciendo un horrible incendio; del seno de las nubes desciende la lluvia que es una bendicion y de aquí tambien cae precipitado el flamígero rayo. ¿No oís en lo alto de la elevada torre gemir la tempestad? El cielo está rojo como la sangre, y el color de púrpura que su

horizonte presenta no es seguramente el precursor del dia. ¡Qué tumulto en las calles! ¡Qué vapor en los aires! La columna de fuego rueda centelleando de distancia en distancia, movida por la rapidez de los vientos. La atmósfera exhala el calor sofocante de la boca de un horno; los techos se precipitan unos sobre otros, las ventanas estallan, los niños lloran, las mujeres corren suelto el cabello con el corazon transido de angustia, y los animales mugen lastimados debajo de los escombros. Por último, el rudo aquilon viene apoderándose de la chisporreante llama que conduce á las praderas para devastar allí la seca miés del labrador.

El hombre, privado entónces de esperanza, cede al poder de Dios y mira lleno de horror la obra de sus manos completamente destrozada, sus riquezas han desaparecido y sólo la angustia llega á tener asiento en los desiertos huecos de sus ventanas, en tanto que las nubes áun no ahuyentadas del cielo sirven de techo á los escombros de su hogar.... pero no desfallece, un nuevo vigor mata este desaliento, y otra vez valeroso toma su baston de viaje y continúa su comenzado camino; arroja una última mirada sobre aquellas ruinas y encuentra en ello un justo motivo de alegría, cuenta las cabezas que le son queridas, las personas que forman su reducida familia, y ¡oh placer inexplicable! no echa de ménos una.

El molde está completamente lleno, la tierra recibió el metal: ahora bien, ¿la obra que hemos emprendido saldrá tan perfecta que manifieste nuestro arte y recompense nuestro trabajo?... ¡Si

por desgracia la mezcla se hubiere deshecho! ¡Si la arcilla se hubiera roto!... ¡ah! miéntras esperamos con ánsia ver cumplido nuestro deseo, ¡quién sabe si el mal está yá hecho! Nosotros hemos confiado sus materiales á las entrañas de la tierra, del mismo modo que el labrador le entrega sus semillas para que en ella germinen.... ¡Tambien guardamos en el seno de una tumba semillas áun más preciosas que éstas, persuadidos de que al levantarse de ese lugar, gozarán de una vida mejor!

¿No oís? Yá resuenan en la torre de la iglesia los lúgubres sonidos de una campana, triste mensajera que acompaña al canto de los sepulcros y que anuncia el tránsito del viajero que marcha á su último asilo. ¡Ay! es el cadáver de una esposa querida, de una madre fiel que el demonio de las tinieblas arrancára de los brazos de su esposo y de los tiernos infantes que ella crió con tanto esmero y alimentó con tanto amor. ¡Ella habitaba un lugar lleno de felicidad, y ahora extranjera, se precipita en el antro de las sombras!

Mas en tanto que este metal llega á enfriarse, reposemos de nuestro rudo trabajo, y que cada cual se regocije como el pajarillo bajo las hojas de los árboles. Cuando la luz de las estrellas comienza á brillar, el hábil obrero, libre de todo cuidado, debe oir sonar la hora de su descanso. El maestro pocas veces halla término á sus tareas....

Á través de la selva umbrosa se divisa al viajero que, con acelerado paso, se encamina á su morada; las balantes ovejas, los bueyes de prolongada asta y las terneras de luciente piel marchan

mugiendo hácia sus establos; pequeños carros pasan de un lado para otro cargados de copioso trigo; sobre la verde yerba reposan cien guirnaldas de colores diversos y mil jóvenes segadores corren á la danza. En las calles y plazas reina el mayor silencio; la puerta de la villa gira segura sobre sus goznes, y sus pacíficos habitantes charlan reunidos al rededor del fuego. Un negro manto empieza á cubrir la bóveda del cielo, indicando la proximidad de la noche; mas ésta, que con equidad suma tiene despierto al malvado, no asusta, sino consuela al honrado labrador. ¡El ojo de la justicia vela constantemente sobre los mortales!

¡Órden santo! ¡bendito hijo del alto cielo! Tú eres quien permites estas dulces y agradables reuniones, tú quien estableces los fundamentos de las ciudades, haces cultivar estos bosques llenos hoy de verdura y explendor, en otro tiempo tan solitarios, y penetrando en la morada de los hombres les dás suaves costumbres y el dón más precioso de los dónes, el amor de la patria.

Mil manos activas, obrando de comun acuerdo, trabajan de consuno en nuestra empresa. El maestro y los oficiales prosiguen su tarea bajo la santa proteccion de la libertad y cada cual se regocija del puesto que en ella ocupa. El trabajo es el honor del ciudadano, y la prosperidad su recompensa. Si el rey se enorgullece por su dignidad, nosotros tambien nos vanagloriarémos con nuestra obra.

¡Dulce paz! ¡Dichosa union! quedad, quedad para siempre en esta villa. ¡Que jamás llegue el

dia en que hordas crueles, atravesando estos valles, siembren el espanto y la ruina por do quiera! ¡Que nunca este hermoso cielo, donde se colora la riente púrpura de la tarde, refleje los resplandores siniestros de la incendiaria tea!

¡Compañeros! romped desde luego esa envoltura de arcilla, puesto que yá ha cumplido su destino. Que los ojos y el corazon se extasien ante el aspecto de nuestra obra felizmente concluida. Golpead, golpead con el martillo hasta que estalle el molde que la contiene....

El maestro sabe hacer esta operacion con mano prudente y á su debido tiempo; pero ¡oh dolor! cuando el bronce enrojecido por el fuego hace saltar intempestivamente su envoltura, en torrentes de llama se extiende por todas partes con un ruido parecido al que produce la tempestad. Allí donde imperan las fuerzas ininteligentes y brutales, la obra pura no puede llevarse á efecto. Cuando los pueblos se entregan al libertinaje, el bienestar no puede subsistir.

¡Maldicion! la chispa ha tomado incremento en medio de la populosa ciudad, la multitud, rompiendo sus cadenas, busca para ella misma un terrible socorro; los brazos agitados de la revolucion, suspendidos á las cuerdas de la campana, la hacen gemir en el aire, y cambian en instrumento de guerra lo que es un nuncio de paz.

¡Libertad! ¡Igualdad! hé aquí las palabras que se dejan oir. El campesino coge sus armas, la muchedumbre inunda las calles de la villa, miles asesinos vagan sin concierto, las mujeres se convier-

ten en hienas, y haciendo un juego del terror, destrozan á bocados con sus dientes de pantera el corazon palpitante del enemigo. Nada hay yá sagrado, el bueno cede su plaza al perverso, y los vicios progresan rápidamente. Peligroso es el despertar del leon, encarnizado el agudo diente del hambriento tigre, pero nada hay más terrible que el hombre en su delirio. ¡Desdichados de aquellos que proporcionan á las turbas enfurecidas las antorchas y la luz del cielo, que éstas en sus manos con facilidad se convierten en medios de destruccion y asolamiento!

Dios ha bendecido nuestro trabajo. Mirad cómo de esta arcilla se desprende el metal, más reluciente que una estrella de oro. ¡Venid! ¡venid, compañeros! formemos un círculo al rededor de la campana para darle un nombre. Sea éste el de *Concordia*, para que siempre reuna á los hombres por motivos de paz y de afeccion.... Elevada por cima de la vida terrestre, ella habitará bajo la celeste esfera, balanceándose cerca de la tempestad y de los astros. Su voz será tan suprema como supremo es el curso de los planetas que regulan las estaciones del año.

¡Que el tiempo la imprima tambien sus huellas en su vuelo rápido! ¡Que sin compasion alguna, ella preste su voz al destino, anunciando todas las vicisitudes de nuestra existencia! ¡Que ella, en fin, nos repita una vez más que nada permanece estable en la vida, y que ésta, lo mismo que todo lo terrestre, desaparece como el sonido que ella deja escapar ligeramente!

Entretanto, tomad los cables para elevarla desde luego á la region misteriosa del sonido, á ese imperio poderoso de los aires. ¡Tirad, tirad hácia arriba! ¡yá empieza á oscilar! ¡adelante!...

. . . .

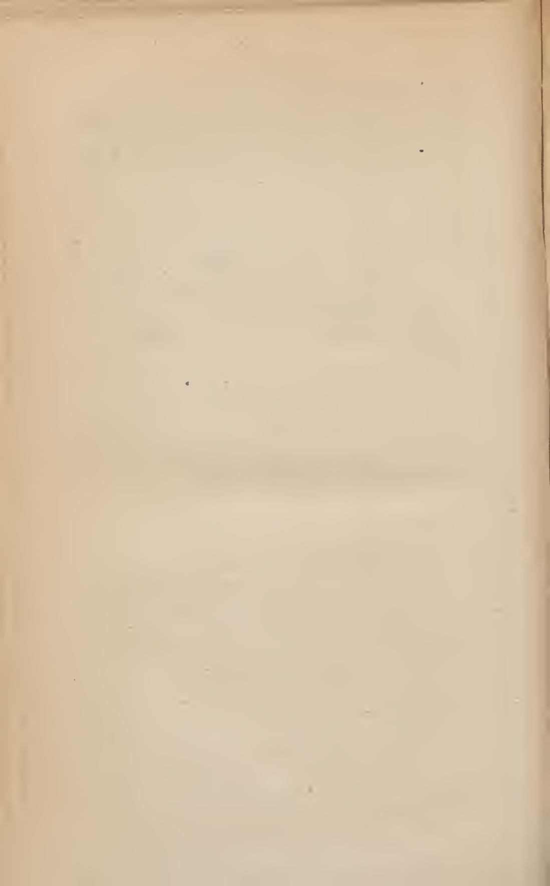
. . . .

. . . .

¡Que sus primeros acentos sean de paz y regocijo!

J. Mártos J.

POESIAS.



EN LA INAUGURACION

DEL LICEO SEVILLANO.

SONETO.

Hermanos en el Arte, llegó el día
En que todos los vates sevillanos,
Al fin se estrechen con placer las manos
Marcándose en los rostros su alegría.

La detestable envidia, que solía
Hasta el ódio engendrar en los hermanos,
Hora contempla sus esfuerzos vanos
En los pöetas de la patria mía.

El pasado al olvido releguemos,
Y ocupe sólamente la memoria
La obra que á su cima llevarémos;

Obra que debe ser grande y notoria,
Para que unidos siempre caminemos
Por la florida senda de la gloria.

MANUEL DE LOS PALACIOS Y FAGUNDEZ.

EN LA INAUGURACION

DEL LICEO SEVILLANO.

AL DIGNISIMO PRESIDENTE DEL MISMO,

MI BUEN AMIGO

EL POETA CARLOS PEÑARANDA.

No siempre las tinieblas de la noche
Se extienden por el ancho firmamento,
Siempre sigue la luz á las tinieblas
Cual vá la realidad en pós del sueño.

Si hoy cubiertas de fúnebres crespones
Vemos dormir las arpas de los génios,
Que en una triste soledad lamentan
La fria indiferencia de los tiempos,

En nó lejano dia de esas arpas,
Que hoy lloran sin cesar en el silencio,
Cantos han de brotar cuya armonía
Se ha de elevar á la region del cielo.

¿Qué importa, pues, que cubran densas nubes
De la gloria el magnífico reflejo,
Si un destello de luz ha de romperlas
Y ha de brillar con esplendor de nuevo?

¿Qué importa que el fatal positivismo,
Que cuanto toca deja frio ó muerto,
Intente en el camino interponerse
Que siempre victoriosos seguirémos?

Será estéril su lucha; el Arte santo
No se puede extinguir en nuestro suelo,
Aunque amenace destruirlo todo
Con saña impía el huracan violento.

Hoy un rayo de luz las sombras rompe,
Despiertan los dormidos sentimientos,
Hoy un mundo de idéas generosas
Puéblan de ilustres vates el cerebro.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

Hoy los nobles pöetas sevillanos,
De entusiasmo leal henchido el pecho,
Una grata creacion á cabo llevan
Que es la grata creacion de este Liceo.

Aquí levantaréis, vates sublimes,
Altares á la idéa, al sentimiento;
Ésta ha de ser el arca do se salve,
De este triste naufragio en que nos vemos,

Cuanto encierra Sevilla noble y santo,
Cuanto encierra Sevilla grande y bello;
Que sólo han de morir en esta lucha
Los corazones viles y pequeños.

No desmayemos, nuestra es la victoria,
Luchamos por lo grande y por lo bueno,
Y si hay un corazon que nos comprenda
Tan noble corazon ha de ser nuestro.

CÁRLOS VIEYRA DE ABREU,
DE LA ACADEMIA CERVÁNTICA ESPAÑOLA.

FRATERNIDAD.

¿Por qué tiembla mi mano
Cuando las cuerdas de la lira toca?
¿Por qué la voz en vano
Quiero arrancar de mi convulsa boca
Y en humo que se pierde en vário giro
Convertido el volcan del númen miro?

¿Por qué esta cobardía,
Este bastardo miedo inusitado
Que en mi pecho jamás sentido había
Y que cuadra tan mal al que ha aspirado
Del viejo Montserrat la aura bravía?

¿Por qué fingir? ¡Oh labio mio, dílo,
Declara la verdad, descorre el velo,
Confiesa que vacilo
Cuando pretendo levantar el vuelo
Debajo de esta bóveda azulada
Que me absorbe, confunde y anonada!

La aroma de estos cármenes floridos
Me es cicuta mortal, embriagadora
Que adormece la vida en mis sentidos,
Y del génio la llama creadora
Que brilla aquí, conviérteme en vasallo
Y humilde su esplendor contemplo y callo.

Hijo de las montañas catalanas,
Del Llobregat nacido en las riberas,
No justo con las liras sevillanas
Que proclamo del mundo las primeras;
Mi canto tosco y rudo
Nunca vencer ni áun igualarlas pudo.

Mas toda vez que los contrarios vientos
Del Bétis á la orilla me han traido,
Y escucho los acentos,
Vates, de vuestras arpas, embebido;
Juntemos nuestras manos
Con lazo fraternal, con fé sencilla,
Y proclamemos desde hoy hermanos
Los bardos de mi patria y de Sevilla.

EUSEBIO ANGLORA.

EN LA INAUGURACION
DEL LICEO SEVILLANO.

Hoy que la patria angustiada,
Llorando males prolijos,
Triste, sola y ultrajada
Dobla su frente manchada
Con la sangre de sus hijos;

Hoy que con fiero ardimiento
Gritos de venganza y guerra
Suben hasta el firmamento,
Como el poderoso acento
De la tempestad que aterra,

Los que entusiastas adoran
La ciencia, su eterno guía,
Y tristes cantando lloran
Y en sus pechos atesoran
Rico gérmen de poesía;

Esos séres desgraciados,
Del saber brillantes focos,
Que oscuros y despreciados
Por la envidia apellidados
Son visionarios ó locos,

Con pena al ver sucumbir
La patria que les dió el sér,
Apréstanse á combatir,
Y con la patria á vencer
Ó con la patria á morir.

Mas no vienen á luchar
En ruda lid fratricida,
Ni la sangre á derramar,
Sino á elevar un altar
Á su patria esclarecida.

Llenos de noble ardimiento,
La duda y el error vencen
Con su constancia y talento;
¡Las luchas del pensamiento
Son las que al hombre engrandecen!

Por lazos de amor unidos
Marchan de la gloria en pós
Resignados, nó vencidos;
¡Los génios esclarecidos
Se inclinan sólo ante Dios!

Y cuando á tantos dolores
Al fin la España sucumba,
Muerta por hijos traidores,
Ellos cubrirán de flores
Y de lágrimas su tumba.

Mas si España vuelve á ser
Digna de su antigua historia,
Ellos le irán á ofrecer
Coronas, que harán tejer
Con los rayos de su gloria.

JOSÉ SANCHEZ ARJONA.

